

adoptó desde luego los títulos oficiales de El-Mahdi y de «caudillo de los creyentes,» declarándose así legítimo imán y califa; los abasidas hubieron de conformarse con que al lado de su califato y con la pretensión además de exclusiva legitimidad figurase el *califato de los fatimitas*.

El referir cómo estos dos competidores dieron cuenta uno del otro, queda reservado para el último capítulo de este tomo. Ahora, una vez expuesto el motivo á que obedeció la partida del gran maestro de Salamiya, vamos á narrar los hechos de los hijos de Sikraweih. Yahya fué el primero de ellos que ejerció el mando sobre los beduinos ganados á la causa del karmatismo. Pronto recibió refuerzos del Irak: también los karmatas de esta provincia habían acabado por indisponerse con el gobierno, contra el cual se alzaron, cometiendo muchos robos y asesinatos, hasta que derrotados y dispersos por las tropas de Mótadid se unieron á sus correligionarios beduinos, habiéndose ya casi perdido el recuerdo del asesinato de Abdan. Yahya Ibn Sikraweih se hizo pasar entonces por alida y llamar Esch-Scheich, «el anciano;» pretendía que el camello que montaba iba dirigido por mandato de Dios, como en su tiempo lo había sido la Kazwa de Mahoma; que tenía en varios puntos 100.000 hombres que solo aguardaban una señal suya, y otras cosas por el estilo. Al principio la suerte parecía querer favorecerle: en 289 y 290 (902) derrotó en las cercanías de Kufa y de Rakka los ejércitos que Mótadid y luego su hijo enviaron contra él, y penetró, en 290 (903), en la Siria. Gobernaba allí, á nombre del tulunida Harun, el turco Togdsch, padre de Ichschid, que fué varias veces vencido por el karmata, y si bien cuando recibió considerables refuerzos del Egipto, en la primera batalla que dió con ellos pereció Yahya, fué éste sustituido inmediatamente por su hermano Husein, que consumó la nueva derrota del lugarteniente. También Husein pretendía ser un alida, dándose al efecto el nombre de Ahmed, y asumió luego el título de imán y mas tarde hasta el de Mahdi. No puede dudarse de que procedía de acuerdo con Obeidallah (véase mas adelante), el cual debía tener gran interés en que una enérgica diversion por parte de los karmatas impidiese al califa intervenir en la lucha de Abu Abdallah contra los aglabitas. El vulgo llamaba á Husein *Sagib Esch-Schamat*, «el hombre de la pinta,» á causa de una mancha que tenía en la cara y que era, así se decia, la señal del imanato (1). Togdsch perdió varias otras batallas con él, y fué, por último, sitiado en Damasco por los rebeldes, los cuales esta vez se contentaron con cierta cantidad de dinero y levantaron el cerco dirigiéndose hácia el Norte, llevando la devastacion á todas partes, saqueando ciudades como Hims, Hamat, Ma'arra, Ba'albek y Samaliya, matando á todos los varones que se atrevían á resistirles y llevándose á las mujeres y los niños. Aquella era la verdadera vida para los beduinos, y así acudían en tropel del desierto sirio á engrosar las huestes de los karmatas y ayudarles á aumentar las penalidades de las desdichadas poblaciones. El enérgico Múktafi no permaneció mucho tiempo impasible ante tanta atrocidad, y comprendiendo pronto que los tulunidas no podían dar cuenta de los rebeldes, se dirigió él mismo á la Siria con numerosas tropas. Ciertamente su vanguardia, mandada por Abu'l Agar, se dejó sorprender y dispersar cerca de Haleb por el hijo de Sikraweih; pero luego las huestes del falso Mahdi fueron sucesivamente desalojadas, tras reñidos combates, de los puntos que habían conquistado, merced á la bien entendida cooperacion de los generales del califa y del tulunida; y por último, Mohammed Ibn Suleiman les derrotó en una batalla decisiva, el día 6 de Moharram de 291 (29 de no-

(1) Véase el Sello del Profeta, de Mahoma.

viembre de 903), cerca de Hamat. La persecucion, dirigida con rara energía por Husein Ibn Hamdan, tuvo feliz coronamiento en las inmediaciones del Eufrates, cayendo prisionero el «hombre de la pinta,» el cual fué llevado á Bagdad y ajusticiado allí de la manera mas bárbara con dos de sus compañeros el día 13 de Rabí I de 291 (3 de febrero de 904). No por eso se logró tener sujetos á los karmatas. Cuando las tropas de Múktafi, á las órdenes de Mohammed Ibn Suleiman, hubieron tomado el Egipto á los tulunidas (292 = 905), estalló poco despues (fines de 292 = principios de 906) en aquel país, bárbaramente tratado por la soldadesca, una rebelion que se hizo casi general (fines de 292-296) y que poco faltó que hiciera perder otra vez al califa aquella provincia. Mientras empleaba la mayor parte de sus fuerzas en reprimir esta sublevacion, se presentó en la Siria el tercer hijo de Sikraweih, Alí, dispuesto á repetir las tropelías anteriores (293-296). No hay duda que los beduinos se mostraron escarmentados por el pronto con la dura leccion recibida; á lo menos el karmata no halló suficientes partidarios para hacer frente á Husein Ibn Hamdan, que avanzaba contra él, y los revoltosos se dispersaron, yéndose algunos con su caudillo á reunirse con Ibn Hauscheb en el Yemen (2). Este se sintió animado con aquellos refuerzos á intentar mayores empresas, y en el mismo año se apoderaron los ismaelitas de San'a y otras ciudades. Sin embargo, no pudieron sostener mucho tiempo posiciones tan avanzadas; los habitantes acabaron por cansarse de las herejías de los intrusos y se alzaron contra ellos, obligándoles á desocupar la capital y retirarse á un punto mas apartado de la provincia. Mas entretanto el movimiento se habia reproducido en la Siria y propagádose extensamente. El anciano Sikraweih, que probablemente habia dirigido desde su escondrijo, por orden de Obeidallah, las guerras anteriores, se presentó otra vez en primer término despues de haber desaparecido sus tres hijos. Repitióse entonces, mejor organizada, la expedicion intentada por Alí, que pecó tal vez por falta de preparativos, logrando atraerse de nuevo á los beduinos kelbitas, y otra vez entraron á saqueo, capitaneados por Abu Gánim, juntamente con los verdaderos karmatas, en una parte de la Siria, recorriendo las comarcas al Este del alto Jordan hasta Damasco. Cuando acudió Husein Ibn Hamdan con las tropas del gobierno, procedentes del Irak, desaparecieron como por ensalmo los ligeros beduinos, y antes de que pudiese acercárseles ya habían saqueado á Hit, á orillas del Eufrates. Fueron, finalmente, perseguidos por un ejército á las órdenes de Isjak Ibn Kundadschik hasta sus mismas moradas en el desierto, y se vieron obligados á cesar en su resistencia y comprar la paz con la cabeza de Abu Gánim (293 = 906). Mas difícil fué reducir á los karmatas del Irak. Sikraweih habíase puesto entonces personalmente al frente de sus numerosas y atrevidas huestes, si bien dejó la direccion militar en manos mas expertas, y con estas fuerzas empezó á hacerse molesto en las inmediaciones de Kufa, y hasta se atrevió á penetrar en la ciudad (Zul-hiddscha de 293 = setiembre-octubre de 906). Cuando poco despues, en el mes de Moharram de 294 (octubre-noviembre de 906), regresaban de la Meca las caravanas de peregrinos del Irak y del Corasan, cayeron sobre ellas los karmatas, mataron, despues de tenaz lucha,—los peregrinos, en prevision de semejantes contingencias, iban siempre bien armados,—no solo á los hombres

(2) Que Ibn Hauscheb, que habia combinado con Abu Abdallah, el siita, la mision á favor de Obeidallah entre los bereberes, amparase entonces al hijo de Sikraweih, es la mejor demostracion de que aun despues de la partida de Obeidallah de Salamiya continuaron los karmatas sirios é irakeses considerándose sus subordinados, como ya he indicado.

sino también á algunas de las mujeres y se llevaron las demás, juntamente con el botin. El número de las víctimas ascendió á algunos millares (1), y ya era hora de que se pudiese término á semejantes atrocidades. Múktafi envió al general turco Wasif, el menor, hijo de Suwarteikin, con un ejército numeroso, contra los malvados, los cuales fueron alcanzados cerca de Kufa. Los karmatas pelearon con tal desesperacion que la lucha quedó indecisa el primer día; en el siguiente recibió Sikraweih una herida mortal, y al verle caer emprendieron la fuga los rebeldes (Rabí 294 = diciembre 906 ó enero 907). Con esto, la causa siro-irakesa del karmatismo quedó, sino destruida por completo, la organizacion secreta seguiria subsistiendo, á lo menos imposibilitada por el pronto para repetir allí sus violentas explosiones. Ciertamente que es discutible si esto fué consecuencia de la victoria ganada por las tropas del gobierno ó mas bien de los progresos hechos por El-Schi'i en el Africa septentrional, que juntamente con los continuos trastornos en el Egipto parecían asegurar á Obeidallah el triunfo de su empresa, considerando por lo mismo inútil causar mas víctimas en las provincias orientales. De la mision de debilitar el califato por medio de incesantes ataques y facilitar de este modo á los fatimitas la ulterior conquista del Egipto, se encargaron luego los karmatas de Bahrein, que en inexpugnable posicion detrás de las dunas del desierto árabe, tenían una base de operaciones mucho mas segura que la que se pudiera lograr por el momento en la Siria ó en el Irak.

No hay duda que eran también karmatas Abu Sa'id y sus partidarios, de cuyos primeros triunfos en tiempo de Mótadid tenemos ya noticia. El propio Abu Sa'id habia sido enviado á la Persia por Karmat, *dai* superior del Irak; la desaparicion de éste y la muerte de Abdan tal vez le indispusieran con el gran maestro de Salamiya; mas su propio interés en crearse en Bahrein un señorío coincidía de tal modo con el propósito de Obeidallah de tener ocupados por aquel lado á los abasidas, que no era de esperar por el pronto que se alterasen estas relaciones. Mientras estuvieron ocupadas las tropas de Múktafi en la guerra contra Sikraweih y sus hijos, Abu Sa'id se habia hecho dueño poco á poco de todo el territorio de Bahrein, logrando tan solo los partidarios del gobierno en aquella provincia recuperar, pero por breve plazo, la ciudad de Katif (290 = 903). La perspectiva de emanciparse de la dominacion del califa era tan tentadora para los beduinos árabes como conforme á sus inclinaciones la doctrina ismaelita en la forma que le habían dado los karmatas.

Ignoramos hasta qué punto estaria iniciado Abu Sa'id en los grados superiores de la doctrina secreta; la masa de los karmatas creía, como se puede suponer, en la doctrina oficial, ó sea en el Mahdi y en la sumision á los preceptos promulgados por sus *dais* como expresion de la voluntad divina. Naturalmente, en territorio árabe se cuidaba mucho de amoldar estos preceptos al carácter del pueblo, y se comprende que no se haría alarde de que el verdadero objetivo de los jefes de la secta era aniquilar la dominacion árabe en todos los territorios fuera de la misma Arabia; allí la polémica iba dirigida simplemente contra el califato abasida y las formas sunnitas del Islam, procurando al propio tiempo, por medio del descargo de las molestas prescripciones de éste, granjearse la buena voluntad del pueblo. Dejaron de ser obligatorios para los creyentes los ayunos, las oraciones y la peregrinacion, permitiéndose, en cambio, el uso del vino y el casamiento entre parientes, cosa que el Corán pro-

(1) Dícese que las tres caravanas á que se hace referencia formaban un total de 20,000 personas. Esto puede ser algo exagerado, pero es muy probable la mitad de dicha cifra.

hibía, á imitacion de la ley judaica. Todo esto era, naturalmente, motivo de escándalo para los verdaderos musulimes, y por eso se complacían en atribuir también á los karmatas otros muchos horrores, y en primer lugar el comunismo, sobre todo aplicado á las mujeres. Esta última acusacion era falsa, y en cuanto al comunismo de los karmatas, era mas bien el sistema de reparticion de las presas como el mismo Mahoma lo habia practicado. Por escasos que sean los datos que poseemos sobre la verdadera situacion interior de los karmatas, parece, sin embargo, desprenderse de ellos la circunstancia, muy meritoria para esta secta, de la gran union, impropia de árabes, que reinaba entre sus individuos y particularmente dentro del consejo de regencia, que vino posteriormente á sustituir al gobierno absoluto de los *dais* y cuyo carácter democrático debia ser muy apreciado por los beduinos. Mas, por otra parte, si bien esta extraña comunidad no fué en manera alguna conjunto tan monstruoso de bandoleros y asesinos como la pintan los historiadores posteriores, no puede dudarse, teniendo en cuenta lo ya relatado y el carácter, tan exento de verdadera humanidad, del beduismo, que en las guerras de los karmatas se vertió mucha sangre inocente y se perpetró mas de un acto salvaje. Sea de esto lo que fuere, lo cierto es que aquellos hijos del desierto, unidos por primera vez, despues de las grandes guerras de conquista, en una misma y sola organizacion, y habiendo sabido conservar la antigua bravura árabe mejor que los afeminados habitantes de las ciudades del Irak, fueron entonces durante mas de cincuenta años verdadero martirio de los califas de Bagdad, y sus continuas guerras contra el gobierno y sus devastaciones en las provincias contribuyeron en mucho mayor grado que todo lo demás á convertir la debilidad de los monarcas y la desunion de visires y generales turcos en causas de la espantosa y rápida decadencia que expusimos en el capítulo anterior.

En la década que comenzó en 290 (903) fué sometido todo el Bahrein á la dominacion karmata. La capital de la provincia, Haddschar, fué conquistada y arrasada tras largo sitio, fijando el *dai* su residencia en El-Ajsa (llamada vulgarmente por abreviatura Lajsa). Por el pronto se frustraron algunas tentativas hechas para apoderarse también de las comarcas vecinas Yemama y Oman. Entretanto el gran maestro de la secta, Obeidallah, se habia instalado como Mahdi en Rakkada. A imitacion de lo que habia hecho en otro tiempo el abasida Mansur, su primer cuidado fué deshacerse del hombre que le habia conquistado la soberanía, y que al frente de los victoriosos bereberes debió parecer demasiado poderoso al pseudo-fatimita. Hácia fines de 298 (911) perecieron Abu Abdallah El-Schi'i y su hermano Abu'l-Abbas alanceados por los íntimos de Obeidallah, y poco tiempo despues recibían los *dais* en el Oriente un lacónico escrito de su temido gran maestro que decia así: «Ya sabeis el puesto que habian alcanzado en el Islam Abu Abdallah y su hermano Abu'l-Abbas. Pero Satanás les ha hecho caer en tentacion, y yo les he purgado del pecado por medio de la espada. La paz sea con vosotros.» Abu Sa'id no era tan lerdo que creyera en el pecado del Schi'i. Vió de qué modo se portaba el Mahdi con sus mas leales servidores, y decidió desentenderse de él: pero en 301 (913-914) moría Abu Sa'id también á manos de asesinos. Obeidallah tuvo bastante prudencia para no perturbar de otro modo la organizacion de la liga en Oriente y aparentó no tener parte alguna en el hecho, nombrando al hijo de la víctima, Abu Tahir Suleiman, *dai* superior del Oriente, logrando de este modo mantener la antigua relacion de vasallaje. Abu Tahir es el verdadero héroe del karmatismo. Capitaneando como el antiguo caudillo jaridschita Katari huestes de árabes libres é

independientes, se asemejaba también a aquel en que sabía defender su causa no solo empuñando la espada sino igualmente dedicándole vigorosos cantos guerreros. Con él fueron los karmatas el terror del califato. Querido también de los beduinos que no pertenecían a la secta, permitió en 302 (915) que estos robaran la caravana de peregrinos irakeses. Fracasó como la anterior una nueva tentativa que hizo por aquel tiempo para apoderarse de Oman, pero en 307 (916-920) y seguramente por orden de Obeidallah, que a la sazón se ocupaba ya en la conquista del Egipto y deseaba distraer la atención del califa hacia otro lado, entró Abu Tahir por sorpresa en Basora, llevando allí la muerte y el saqueo. Repitióse el hecho en 311 (923), siendo aun mayores entonces los desastres: quitóse la vida a gran número de hombres, y muchos otros que espantados se arrojaron al río, la perdieron también de este modo, llevándose los rebeldes a mujeres y niños, además de un botín considerable, mientras que en el mismo Bagdad, donde precisamente se trataba de un cambio de ministros en la forma acostumbrada, reinaba la mayor confusión. En 312 (924) los karmatas cayeron otra vez sobre la caravana de los peregrinos, y después de espantosa carnicería hicieron prisioneros a algunos personajes importantes, entre otros el hamdanida Abu'l-Heidschá. Abu Tahir los puso en libertad bajo promesa de que le serían cedidas Basora y Ahwas; y no habiéndose cumplido esta promesa, penetró a fines del mismo año hasta cerca de Kufa, dispersó también allí la caravana de peregrinos que se disponía a emprender el camino de la Meca, y a principios de 313 (925) entró en la ciudad, donde se cometieron las violencias de costumbre.

Todo el Irak fué presa de la mayor consternación, y los habitantes de la parte occidental de Bagdad huyeron al otro lado del Tigris. El menguado califa Móktadir y sus consejeros no sabían qué hacer, y nadie se atrevió, ni aquel año ni en el siguiente, a emprender la peregrinación a la Meca. Por último, mandóse a llamar del Aderbidyan al sadschida Jusuf, hijo de Mohammed. Entretúvose éste todo el año (314=926) en preparativos por extremo minuciosos; y cuando en el siguiente (315=927) tuvo, por fin, organizado su ejército, aunque disponía de doble número de combatientes, se dejó derrotar por completo delante de Kufa, cayendo él mismo prisionero. Abu Tahir devastó luego a Ambar, y atravesando el Éufrates, marchó sobre Bagdad. Abu'l Heidschá y Munis, que pudieron todavía reunir 40,000 hombres para defender la ciudad, se atrevieron entonces a atacar a los karmatas para libertar a Jusuf; mas la columna que debía intentar el golpe de mano, poco fuerte para realizarlo, fué rechazada y degollado el sadschida por orden de Abu Tahir. No se consideró éste, sin embargo, con medios suficientes para atacar la capital; las expediciones que emprendió en 316 (928) contra las ciudades situadas junto al Éufrates, no tuvieron siempre éxito feliz por la desesperada resistencia que hacían los habitantes, pero logró llevar el pillaje a extensos distritos de la Mesopotamia; y, por otra parte, los levantamientos que a la sazón promovieron los karmatas del Irak, y que con harta trabajo pudieron ser reprimidos, perturbaron hondamente las desdichadas comarcas de Ambos Ríos. En 317 (930) se presentó de improviso Abu Tahir en la Meca durante la celebración de la fiesta de los peregrinos, matando a miles de éstos dentro del mismo santuario y saqueando la ciudad, después de lo cual mandó arrancar de la Kaaba la venerada piedra negra y se la llevó a Lajsa. Había tal vez en esto el propósito de despojar a la Meca de su aureola; mas el resultado fué tal explosión de indignación en todo el mundo islamita, que el mismo Obeidallah creyó conveniente enviar

un escrito oficial a Abu Tahir ordenándole la devolución de la piedra. Las instrucciones secretas, sin embargo, debieron de ser muy distintas, pues que la reliquia continuó en Lajsa hasta 339 (951), en que el califa fatimita El-Mansur mandó formalmente que fuera devuelta.

La progresiva decadencia del califato, las guerras civiles entre los emires, que no tuvieron término ni antes ni después de la muerte de Móktadir, dieron muy pronto el carácter de irresistible al poder de los karmatas. No creemos necesario seguir relatando una tras otra todas las correrías llevadas a cabo hasta la muerte de Abu Tahir (332=944). En general las agresiones fueron cediendo en violencia; los emires como Ibn Raik y los de Baridi, y también Ichschid, que gobernaba el Egipto, se contentaron con mantener a distancia respetuosa a tan funestos huéspedes mediante el pago de un tributo, y por igual consideración se avinieron también éstos a permitir, desde el año 327 (939), que se efectuasen las peregrinaciones a la Meca. Así siguieron las cosas bastante tiempo todavía después de la muerte de Abu Tahir. Los mismos fatimitas tuvieron también bastante que hacer por aquellos tiempos con los bereberes rebeldes (véase más adelante), y dejaron por entonces al Oriente abandonado a sí mismo, sin volver a nombrar otro *dai*, por lo cual los karmatas se formaron en consejo de regencia compuesto de los parientes de su difunto caudillo, institución, por cierto, que supo administrar con el mejor éxito aquel extraño Estado. La influencia de éste se extendía entonces, sin oposición, a toda la península. — Oman se había sometido también antes de 340 (951), — y más allá de los límites de la Arabia todo el mundo se daba por satisfecho si los temidos beduinos se contentaban con el tributo que se les podía pagar. Solo en 358 (969) empieza a declinar su poderío, como consecuencia de sucesos ocurridos en el Africa cuyo desenvolvimiento requiere particular exposición.

CAPITULO IV

LOS FATIMITAS Y EL FIN DE LOS ABASIDAS

Con la entrada de Obeidallah en Rakkada como primer califa fatimita, el día 29 de Rabí II de 297 (15 de enero de 910), quedó realizada la mitad del plan de destrucción de la soberanía abasida concebido por los descendientes del médico oculista persa. Con este hecho pasó el poder supremo en Africa de las manos de los árabes abasidas a las de los bereberes ismaelitas; y al propio tiempo, la conquista de Lajsa en la Arabia proporcionó a los karmatas el punto de partida desde el cual, pocos años después, debían aniquilar casi por completo la autoridad del gobierno de Bagdad en la Arabia, la Siria y el Egipto. Mientras con sus continuas agresiones en el Irak allanaban a los buweihidas persas el camino hacia la sede del califato, la secreta organización de los ismaelitas seguía ejerciendo su pernicioso influencia desde el Africa occidental hasta el interior de la Persia y siendo auxiliar de todo enemigo de la decadente dinastía.

Por vituperable que nos parezca el proceder de la funesta raza de los meimunidas ó fatimitas (en adelante les daremos este último nombre, con tanta suerte usurpado por ellos), sería hacerles injusticia suponer que la satisfacción del logro de la dignidad soberana, que tan extraordinarias vicisitudes del destino les habían deparado, hubiese podido apartar sus pensamientos, ni por un momento siquiera, de la prosecución del vasto plan de su antepasado Abdallah. Es apreciar equivocadamente toda la política de los nuevos califas africanos no considerarles sino como señores del Estado ribere-

ño entre Barka y Tánger. No fué solo para ostentar un título altisonante ó para infundir respeto a los supersticiosos bereberes para lo que los fatimitas tomaron el nombre de califas comb, por ejemplo, los omniadas de España (1). Estos acaso jamás tuvieron siquiera el pensamiento de someter el Oriente a su dominación; pero los fatimitas, por el contrario, tomaban muy en serio la pretensión que implicaba el título de «caudillo de los creyentes.» Ignoraban por completo el hecho (2) de que las armas bereberes habían destruido en otro tiempo las legiones de Roma en Canas y llevado al borde del abismo al gran Estado de la antigüedad; pero tenían hartito probado su temple para saber que no podrían resistirle los mercenarios de los abasidas y de sus emires. Crearse ejércitos de bereberes con los cuales pudiesen conquistar, apoyados por los karmatas de Bahrein, primero el Egipto y luego las provincias orientales, fué su propósito desde el primer momento. Así, cuando apenas habían pasado cuatro años desde la entronización de Obeidallah, ya hacia éste una tentativa para apoderarse del Oriente, y cada vez que los fatimitas tuvieron tranquilidad en su propio país se repitió la tentativa, hasta que, por último, lograron su objeto, si bien solo en parte. Y fué solo en parte, porque desde el momento en que los astutos usurpadores hubieron fijado su residencia a las mismas puertas de la Arabia, no fué ya posible la continuación de su política, ó sea el sustituirse a la dinastía abasida árabe con la ayuda precisamente de los árabes karmatas. Sin trabas ya y avivados el espíritu de independencia y la rapacidad de estos últimos, se volvieron entonces contra los mismos que habían sabido utilizarlos hasta allí para sus fines personales. No por esto dejó de lograr la política fatimita la completa ruina del califato de Bagdad y de la posición preponderante de los árabes dentro del Islam. Así necesariamente la historia de la dinastía de los fatimitas, y precisamente a causa de la tendencia anti-árabe de sus aspiraciones, forma el capítulo final de nuestra exposición del período árabe del Islam, por mas que en el orden cronológico pertenezca en gran parte a la época siguiente.

En el Oriente estaba el verdadero objetivo de los fatimitas, y por lo mismo no fijaban su atención en las cosas del Occidente mas allá de lo necesario para sus fines. Granjearse la cooperación de las mas poderosas tribus berberiscas, principalmente las de los kitamas y sanhadschas, y no aventurarse en el extremo Occidente mas que lo estrictamente necesario para asegurar la preponderancia de estas tribus y de la propia soberanía, era la base del arte de gobernar de los fatimitas. De haber tenido el propósito de dominar por completo el Africa septentrional hasta el Océano Atlántico, parecería inexplicable que hubiesen desperdiciado mas de una ocasión para intervenir enérgicamente en las comarcas desde Tremecen hasta Tánger, y permitido a los príncipes omniadas de España conservar permanentemente una posición tan avanzada como la plaza de Ceuta. Mas, solo la imprescindible consolidación del poder fatimita al Este de Tremecen exigió ya 65 años de constantes desvelos de parte de los nuevos califas, antes que fuera posible realizar los por tanto tiempo acariciados planes sobre la posesión del Egipto. La solución de ambos problemas solo fué posible por la ventaja que a esta singular dinastía proporcionaba el carácter de su origen sobre la mayor parte de las familias soberanas del Islam. Como grandes maestros de la liga secreta ismaelita, los fatimitas no se consideraban obligados a escrúpulos de conciencia, — si es permitido emplear esta expresión aplicándola a gentes que en realidad no pro-

fesaban mas creencias que el logro de sus propios intereses, — cuando se trataba de cuestiones de poderío; mas a causa del querido pueblo, que no estaba iniciado en el nihilismo de los grados superiores de la secta, ni debía estarlo jamás, los «imanes» necesitaban presentarse como correctos siitas, y se comprende, por lo mismo, muy naturalmente, que a la muerte de cada uno de los califas solo el hijo respectivo pudiera pretender la sucesión. De este modo se quitaba todo pretexto a las contiendas por el trono, que tanto contribuyeron a la ruina de los omniadas y abasidas, y ganaba la casa de Obeidallah una solidez interior que solo podía ser quebrantada por sucesos muy extraordinarios ó por una serie sucesiva de monarcas incapaces. El hecho de que el propio hijo se alzase contra el padre solo fué posible en esta familia en los últimos tiempos de su decadencia. Teniendo además en cuenta la dignidad religiosa del jefe del Estado, que debía infundir gran respeto a los bereberes, dada su índole, se echa de ver fácilmente cuántas ventajas tenía esta familia sobre los abasidas y los emires, cuyas tentativas para fundar nuevas dinastías solían frustrarse con el primer hijo ó nieto incapaz, y no es, por lo mismo, maravilla que estos osados usurpadores lograran durante 270 años heredar de padre a hijo la soberanía que se habían arrogado.

Obeidallah El-Mahdí (297-322=910-934) se creyó llamado a realizar por sí mismo el programa de su casa en todas sus partes. Sus primeras medidas de gobierno, no siempre muy en concordancia con el carácter que representaba de salvador del mundo, no dejaron de despertar la desconfianza entre los mismos kitama, a quienes debía su triunfo. El infatigable Abu Abdallah El-Schi'i tuvo que reprimir así una rebelión de una parte de esta tribu como otras de distintos grupos, pudiendo al propio tiempo (297=910) ocuparse otros jefes militares de Obeidallah en combatir a los Senata, que como enemigos constantes de los Kitama se manifestaban poco dispuestos a reconocer a su nuevo señor, y ya habían puesto sitio a Tahert; éstos sin embargo fueron rechazados sin grande esfuerzo. Pero, mientras estaba todavía ocupado Abu Abdallah en restablecer el orden en el Sab, país de los Kitama, suscitóse entre el fundador de la nueva dinastía y su primer representante una desavenencia fácil de ocurrir en aquellas circunstancias. Obeidallah quería gobernar por sí mismo, y consideraba ya demasiado poderoso al siita a la cabeza de la belicosa tribu de los Kitama, a la cual había sabido atraerse primero y luego disciplinar. Abu Abdallah, por su parte, convencido de los méritos que había contraído a favor del Mahdí, creía muy natural que fuese su parecer atendido en lo concerniente a la administración del nuevo Estado, y se sintió hondamente lastimado al ver que el califa no le consultaba para nada y se esforzaba lenta pero marcadamente por reducir la influencia de su persona. Vefase obligado a entretenerse corriendo tras una u otra partida de las que todavía perturbaban la paz en el Sab, en vez de estar en la capital, tomando parte importante en la decisión de los mas árdulos negocios del Estado. Parece que entonces El-Schi'i, a quien poco debía imponer la dignidad religiosa del imanato de Obeidallah, cuyo origen le era sobrado conocido, comenzó a asegurarse personalmente cada vez mas la adhesión de los Kitama, para lograr por la fuerza, en caso necesario, el reconocimiento que le negaba el ingrato príncipe. Mas no tuvo presente la rígida organización del ismaelismo, de que Obeidallah seguía disponiendo con toda autoridad; sus planes fueron delatados al califa, y éste no vaciló un momento siquiera en mandar matar por dos hombres adictos, de los mismos Kitama. El 16 de Schumada II (3)

(1) Véase la última parte de esta obra.

(2) Fournel: *Les Berbers*, II, pág. 374.

EL ISLAMISMO

(3) Segun otras versiones, solo el día 1.º de Zul-hidscha (31 de ju-